

Enric González

Historias de Roma



Roma es una ciudad de ciudades, la ciudad eterna, que cambia y evoluciona para seguir siendo ella misma. Una urbe trepidantemente caótica y al mismo tiempo impregnada de la pausada melancolía de un pasado de piedras milenarias; una capital en la que abundan los lugares y los instantes mágicos.

Este libro no es una guía turística ni un compendio de tópicos, sino un recorrido personal por una Roma fascinante, en ocasiones secreta. En sus páginas encontrará el lector una sucesión de historias, personajes, momentos y escenarios romanos: los gatos, las pinturas del Caravaggio, la casa y la tumba del poeta Keats, la rica cocina de casquería romana, la mejor pizzería de la ciudad, el lugar en el que tomarse el mejor café del mundo, la burocracia, Alberto Sordi, la calle en la que apareció el cadáver de Aldo Moro, la historia de un marqués perverso, mirón, asesino y suicida, el periplo de un paquete que recorre medio mundo y vuelve a Roma gracias al ineficaz servicio de correos, los papas, Berlusconi y sus emisarios, una iglesia en la que nadie quiere casarse, las fórmulas de cortesía romanas, el fútbol, las mammas, las conspiraciones masónicas, el sastre de los papas, las barberías, los palazzos, las vírgenes, los santos y los milagros, la cúpula de San Pedro entre la neblina...

1

En casa, es decir, en Palazzo Massimo, teníamos capilla. Y campanario. Eso me impresionaba. Me hacía sentir importante, como un cardenal o un torero. Cada 16 de marzo sonaban las campanas para conmemorar un milagro ocurrido tiempo atrás en el palacio. El de Palazzo Massimo, conviene subrayarlo de antemano, fue un milagro extraordinariamente sutil. El 16 de marzo de 1583, en una de las estancias, murió el joven Paolo Massimo. La familia fue a buscar a Felipe Neri, al que llamaban, con las explosivas labiales del romanesco, *Pippo bbono*, para que resucitase al chico. El futuro santo salpicó el cadáver con agua bendita e hizo sus invocaciones, hasta que el joven Paolo abrió los ojos, recobró la vida y se incorporó en el lecho. ¿Saben qué dijo el resucitado? Que muchas gracias, pero que prefería volver a morirse. Y falleció otra vez. Ese milagro ambiguo, tan abierto a interpretaciones, podría ser una parábola sobre Roma: viva y muerta, esforzada e indolente, teatral e indescifrable.

San Felipe Neri, natural de Florencia pero afincado en Roma, estaba bastante especializado en prodigios extraños. Una de sus hazañas más célebres ocurrió en 1544, cuando tenía treinta años. Rezaba a Dios para que le concediera un gran corazón y Dios le concedió un corazón enorme. Según la tradición, el corazón de san Felipe se hizo tan grande que se le rompieron las costillas. Uno se pregunta qué tipo de relación mantenían exactamente Dios y san Felipe Neri.

El lector puede preguntarse también qué hacíamos en Palazzo Massimo. Mi mujer, Lola, solía hacerlo. ¿Qué hacemos en Palazzo Massimo? Mejor lo cuento desde el principio.

El principio, evidentemente, es remoto. Dicen que Roma fue fundada el 21 de abril de 753 antes de Cristo. La fecha es tan buena como cualquier otra: si no fue ése el año, sí fue por esa época. Ya conocen la leyenda de Rómulo, Remo y la loba; no creo que haga falta repetirla. Hubo que inventarla porque, a diferencia de otras capitales del occidente europeo, nacidas como campamentos militares romanos, la Urbe ignora sus propios orígenes.

En el principio hubo una tribu latina especialmente belicosa y organizada, lo bastante como para apropiarse de un lugar excelente: un grupo de colinas suaves con varios manantiales, situadas junto a un río navegable hasta el mar.

El lugar debía ser bien conocido por otros pueblos de la península, porque parece probable que el nombre de Roma derive del etrusco *rumon*, que significa «río», o del osco *ruma*, que significa «colina». Los etruscos vivían más al norte, los oscos hacia el este y el sur, y tanto unos como otros gozaban, en la tardía edad de hierro europea, de una civilización más sofisticada que la latina.

Roma fue un éxito inmediato. Los latinos convertidos en romanos sobrepasaron rápidamente a sus vecinos, gracias a su flexibilidad y a su capacidad para integrar gente e ideas foráneas. Si hubo en la Antigüedad un pueblo relativista y propenso al mestizaje, ése fue el romano. Según la leyenda, el segundo rey de Roma, Numa Pompilio, pertenecía a la tribu osca de los sabinos. La mezcla con los otros pueblos de la península fue constante. Nadie vio inconveniente en copiar todo lo posible de los griegos, que mercadeaban por allí desde hacía tiempo, ni en importar divinidades foráneas. La relación relajada y pactista con lo divino sigue

siendo una característica de la ciudad, y no es descabellado sospechar que ha acabado permeando el catolicismo.

No me extenderé en los asuntos arqueológicos. Quizá hablaremos de ellos de vez en cuando, porque abundan en la ciudad los vestigios de piedra. Impresionan como los esqueletos de dinosaurio, y conviene mirarlos como si lo fueran. Tal vez hayan visto en Londres o en Berlín los restos fosilizados de un *archaeopteryx*, el pequeño saurio jurásico alado y con plumas, considerado uno de los eslabones entre los dinosaurios y su resultado evolutivo, las aves. Algo así es, por ejemplo, la iglesia de Santa María en el Trastevere: un eslabón entre el Imperio romano y su resultado evolutivo, el imperio de la Iglesia católica. En cierto sentido, la Roma imperial no se extinguió: se transformó en otra cosa que aún vive. Miren el Coliseo, por ejemplo. Podría estar entero, porque nunca sufrió una guerra ni un terremoto. Las piedras que faltan, y su cobertura de mármol, fueron utilizadas para otras construcciones, como la de San Juan de Letrán, catedral de la ciudad. Casi nada se ha perdido. Lo que vemos es el fruto de una lenta transformación de la materia. Otras ciudades se reinventan. Roma, no. Roma mantiene una relación estrictamente pasiva con el tiempo.

Tras la caída del Imperio romano, los sucesivos saqueos, las epidemias y el traslado del poder político hacia las capitales bárbaras del norte, Milán y Rávena, convirtieron la Urbe en una ciudad fantasma. Quedaron un pequeño asentamiento en el Trastevere y algunos grupos de pastores sobre las siete colinas. Y quedó el cristianismo, que pasó sus primeros siglos maldiciendo Roma, la «nueva Babilonia», y luego, tras la caída del imperio, comprobó que era insustituible y copió tanto su organización como su espíritu.

Si quieren entender algo de la Roma de hoy, y la tarea, les prevengo, es ardua, recuerden que esta ciudad la hicieron los papas. Recuerden que en 1870, el año en que nació Lenin, comenzó a construirse el puente de Brooklyn y Rockefeller fundó la Standard Oil, el papa era aún rey absolu-

to de Roma, y no existía en la ciudad otra ley que la ley de la religión católica, apostólica y romana. Teocracia pura.

No le importará al lector, espero, que empecemos a saltar desde las antigüedades más solemnes a las actualidades más prosaicas. Así andaremos todo el rato.

Debería contar cómo llegué a Roma. El asunto carece de relevancia, pero, dado que estas páginas son un paseo personal por la ciudad y por mis recuerdos de ella, no resulta del todo inapropiado. Quien haya sufrido anteriormente mis digresiones sobre Londres y Nueva York y, pese a ello, reincida con este librito sobre Roma, sabe ya a qué se expone; a quien no sepa dónde se ha metido, ánimo: la última página está a un par de cabezadas de distancia.

Llegué a Roma desde Washington, que se me hizo pesado. No por la ciudad, aunque maldije más de una vez los bosques, el calor y las nevadas, y ahora pienso que tenían su gracia. Tampoco por la gente: conocí a personas estupendas, como Javier del Pino, corresponsal de la SER, y Sonia, su esposa, padres de dos niñas preciosas. Quien sólo conoce a Javier de escucharle por la radio sabe que es muy buen periodista, pero no sabe lo formidable que es el tipo. Si la existencia fuera un bufé libre, no me importaría seguir de por vida jugando al billar con Javier, y perdiendo.

No, lo pesado fue el trabajo, oficinesco e insatisfactorio. Era la época de las grandes mentiras sobre Irak, y a mí me tocó contar varias de ellas. Por razones que prefiero no entender, la autoridad competente de mi periódico (como, por otra parte, todo el resto de la prensa española) sentía la necesidad compulsiva de mantener el mismo rumbo informativo que *The New York Times*, aunque un día después. Mi labor, en muchas ocasiones, era la de simple amanuense. Enviaba a Madrid crónicas rebosantes de «informa *The New York Times*», «señala el diario neoyorquino» y «según el citado periódico».

No resultaba descabellado sospechar que *The New York Times* era parte interesada, porque en ese momento la inmensa mayoría de los medios estadounidenses ejercían de palmeros de la invasión. Los atentados del 11 de septiembre habían generado un belicismo extraordinario y la guerra, como se sabe, ayuda a vender periódicos. Las informaciones que firmaban redactores como Judith Miller (posteriormente despedida) mantenían un contacto muy tenue con la realidad: insistían en las armas de destrucción masiva, en las virtudes salvíficas de las invasiones, en que aquello iba a ser un paseo militar entre vítores de los iraquíes y en que Irak iba a convertirse en una democracia ejemplar. Años más tarde, con el destrozo consumado, *The New York Times* hizo una autocrítica pública. La prensa española, en cambio, no. ¿Para qué? Siempre precisamos que aquello que dábamos a toda página, con titulares tremebundos, lo copiábamos de otros. Nosotros fuimos inocentes. Nuestros editoriales siempre se posicionaron contra la guerra. Ya ven.

Contaba los días para que expirara mi contrato de delegado en Washington. Y al fin llegó junio de 2003, con su fecha de vencimiento. El director me propuso varias vías de escape. Una llevaba a Pekín. Otra, a Buenos Aires. Una tercera, a Roma. Pedí un poco de tiempo para pensarlo, porque Pekín resultaba, sin ninguna duda, la opción profesional más atractiva, pero me dolía rechazar Buenos Aires. Una de esas noches, a la hora del martini en la veranda (Washington tenía sus detalles), mi mujer aclaró las cosas. Propuso que interrumpiera por un momento mis delirios entusiásticos sobre los Juegos Olímpicos de Pekín, los derbis River-Boca y demás eventos históricos, y que pensáramos en cosas más simples: dónde queríamos vivir, cómo me apetecía trabajar, qué me interesaba aprender.

Cada uno es libre de dar a su vida el sentido que le apetece. Para mí, la vida es educación: un proceso de aprendizaje. No hablo de alcanzar algún tipo de sabiduría,

no fastidiamos, sino de enterarse, dentro de lo posible, de cómo funciona el mundo y, en un sentido más pedestre, de parchear un poco la incompetencia congénita. Será que quiero llegar a la muerte con conocimiento de causa. Por eso me gusta cambiar en el trabajo: cuando sé hacer una cosa, empiezo a aburrirme y necesito ponerme a otra más o menos nueva y más o menos desconocida. No me importa equivocarme; de hecho, lo hago con una frecuencia que mis jefes consideran preocupante. Lo que llevo mal es la monotonía y el futuro previsible.

¿Qué me interesaba aprender? Cosas muy vagas. ¿Se pueden aprender la humanidad, la belleza, el tiempo? No, no creo. Pero si hay un lugar para intentarlo, ese lugar es Roma.

Y el 1 de septiembre de 2003 volamos desde Washington a Roma.

Lo primero, en cualquier parte, es el idioma. Oh, el italiano es muy fácil, se pilla enseguida, dirá el lector. Le doy la razón, con reservas, si el objetivo se limita a pedir una *puttanesca* en el restaurante. Más allá, la ignorancia de la lengua italiana entraña enormes peligros. No hay nada más proceloso que deducir una lengua que se desconoce, pero resulta familiar. Ya saben, los temibles «falsos amigos», las palabras que suenan como las propias y, sin embargo, tienen un significado muy distinto.

A modo de advertencia, reseñaré dos casos, ocurridos ambos a sendos sacerdotes.

En el primero, un joven cura español recién llegado a Roma desea comprar un cacharro para la pequeña cocinilla de su residencia. Necesita, concretamente, un cazo de buen tamaño. Acude a una ferretería y lo pide en lo que deduce como versión italiana, esto es, pide un «*cazzo grosso*». En la tienda aún se ríen cuando recuerdan el día en que apareció un cura y, plantado ante el mostrador, exigió un cipote de gran tamaño.

En el segundo caso, otro sacerdote, catalanoparlante, se siente mal y acude a un centro hospitalario. En urgencias le preguntan qué le pasa, y el hombre traduce mentalmente. Está mareado y deduce que el mareado castellano y el *marejat* catalán confluirán en algo así como *mareggiato*. «*Sono mareggiato*», informa. *Mareggiato* no significa nada, pero *amareggiato*, sí. Significa algo así como amargado o resentido. No recomiendo a nadie que se presente en un hospital para confesar sus resentimientos: existe un riesgo cierto de acabar bajo observación psiquiátrica.

Queda claro, por tanto: lo primero es el idioma.

Un viejo amigo de París, Fernando Linares, que había trabajado como corresponsal en Roma años antes, me habló de un tipo que tenía una academia de español. Una academia llamada Don Quijote, nada menos. Yo ya me manejaba más o menos con el español, lo que necesitaba eran clases de italiano, pero de todas formas telefoneé al profesor, de nombre Ángel Amezketa, y acordamos un encuentro en la Vinería Reggio de Campo dei Fiori. Fue el primero de muchísimos encuentros con Ángel, casi siempre en Campo, casi siempre en la Vinería.

Ángel era poeta. Y también uno de esos personajes excéntricos, con un pasado asombroso, que un día u otro quedaron atrapados en el peligroso remanso del tiempo romano. Ya hablaremos de Ángel más adelante. El caso es que el día en que nos encontramos me sugirió que llamara a un antiguo alumno suyo y, tras unos instantes de confusión, porque el antiguo alumno se llamaba, y se llama, Alunno, es decir, alumno, conseguimos entendernos.

Andrea Alunno, uno de los romanos más romanos que conozco, tan romano que en cuanto pudo se largó a vivir a Madrid, se convirtió al cabo de unos días en nuestro profesor particular. Venía a desayunar con nosotros a una cafetería cercana al hotel y durante un par de horas nos introducía en los arcanos de la lengua italiana, subjuntivos incluidos. Andrea, que también aparecerá más adelante, es hoy

un buen amigo. Entonces, sin embargo, era solamente un tipo joven, empleado como técnico en una gran empresa de telefonía móvil, que se escaqueaba del trabajo para obligarnos a repetir conjugaciones irregulares.

Hay tantas Romas como queramos. Digamos que, simplificando y en términos exclusivamente urbanísticos, hay una Roma antigua (el llamado *centro storico*), una Roma de finales del XIX (las avenidas que rompen la armonía del centro, la atrocidad de la «máquina de escribir» blanca en Piazza Venezia, es decir, el horrible Monumento a la Patria perpetrado por los Saboya, y algunos elegantes barrios residenciales como Prati, Parioli o el menos conocido Macao, detrás de Termini) y una Roma mussoliniana: más avenidas que rompen la armonía del centro, unos cuantos edificios pretendidamente imperiales y ese barrio tremendo de las afueras construido para la nonata Exposición Universal de Roma de 1942 y lógicamente denominado EUR. Luego están la Roma desarrollista, hacia las afueras, donde la mayoría de la gente normal vive en edificios bastante normales, y la Roma pobre y oscura, cruel, sexual y violenta de la *borgata* pasoliniana.

Ir a la periferia, a vivir como gente normal en condiciones normales, estaba descartado desde el principio. Teníamos el hotel en Prati y aprendimos a apreciar su amplitud, su calma y el espacio de sus viviendas. Una vez apreciadas esas ventajas, decidimos optar por lo más complicado, que era lo más interesante, y buscar piso en esa Roma estrecha, oscura, caótica y semipeatonal (circulan coches, pero no siempre hay aceras donde refugiarse) del *centro storico*.

Por una vez, no me tocó a mí solo. Lola estaba conmigo desde el primer día y se encargó de visitar todo tipo de antrós alquilables, mientras yo hacía lo que hace cualquier corresponsal recién llegado: presentarme en los sitios, pedir acreditaciones y empezar a integrarme en la tertulia futbol-

lística que se celebraba cada tarde, cerca de mi mesa, en la redacción del diario *La Repubblica*.

Al cabo de un par de semanas, Lola tenía ya controlados dos o tres pisos más o menos habitables y con un alquiler más o menos razonable. Había visto también un apartamento absurdo, lleno de escaleras, columnas y bóvedas, a un precio escalofriante. Habría hecho mejor callándose. Pero me habló del apartamento absurdo de precio escalofriante en Palazzo Massimo, el palacio del milagro ambiguo, y en ese mismo momento, sin haberlo visto, yo supe, y ella supo, que era el que me gustaba.

Además de ofrecer las ventajas ya citadas, el apartamento en cuestión estaba en obras de duración indeterminada. Me pareció irresistible.

Así fue como alquilamos el último piso, un palomar en realidad, del Palazzo Massimo de Pirro: número 145 de Corso Vittorio Emanuele, entre Campo dei Fiori y Piazza Navona. En ese apartamento imposible, un laberinto de escaleras con algún rellano exiguo a modo de habitación, tuvimos una explosión de gas (sin víctimas), dos inundaciones por goteras, innumerables rebeliones de la tarima de madera, empeñada en combarse, y algún otro incidente que no recuerdo ahora.

Tres años después nos trasladamos a un piso más sensato, junto al Panteón. Pero lo que a mí me gustaba era el disparate de Palazzo Massimo.

2

El apartamento-palomar de Palazzo Massimo era propiedad de la familia Fendi, la de los bolsos, y poseía un excelente pedigrí como nidito de amor para senadores (el edificio del Senado, Palazzo Madama, se encontraba a pocos metros), arquitectos municipales y otros personajes pudientes. Se trataba de un lugar idóneo para impresionar a las conquistas femeninas, siempre que éstas poseyeran unas piernas robustas y un espíritu aventurero. Había que subir cuatro pisos de los de antes para llegar a la puerta del apartamento, estrechísima, tras la cual comenzaba otra escalera igualmente estrecha que conducía a otra escalera y a la «lavandería», donde estaba previsto ubicar la lavadora e incluso, según los agentes inmobiliarios, al personal de servicio, a condición de que dicho personal consistiera en una sola persona de estatura inferior a 120 centímetros con aptitudes para el contorsionismo.

Saliendo de la lavandería y volviendo a subir por la primera escalera se accedía, a mano derecha, a una tercera escalera que conducía a un dormitorio pequeño y a un baño, y, a mano izquierda, a una estancia abuhardillada en la que era imposible no golpearse la cabeza y a una cocinilla diminuta (la nevera era un minibar) pensada, con toda lógica, para que cupiera, sin desperdiciar un centímetro, esa persona enana y contorsionista que dormía más abajo. Una cuarta escalera llevaba al salón, espléndido, con vistas al oeste, al sur y al este.

La quinta escalera, metálica y bamboleante, conducía a una habitación aérea, una garita llena de cielo en la que estaba previsto instalar un jacuzzi (imagino que el modelo especial para contorsionistas enanos). Ya he dicho que los anteriores inquilinos no solían dedicar el apartamento a un uso familiar, sino, digamos, recreativo. Nosotros dudamos un poco, pero nos pareció evidente que una vez llena la bañera todo se habría venido abajo, y renunciamos. En esa garita acabé poniendo una mesa y una silla, y en ella, al cabo de un tiempo, escribí una cosa que se publicó bajo el título de *Historias de Nueva York*.

Fue complicado meter muebles ahí dentro. Casi tanto como conseguirlos. Nuestros bártulos habían viajado en barco desde Baltimore hacia Nápoles, y allá por noviembre, al cabo de una travesía que duró meses, fuimos informados de que se encontraban ya en las aduanas napolitanas. Comprobamos que era imposible sacarlos de allí: siempre faltaba un papel, un trámite, una autorización. Casualmente, uno de esos días entrevisté al entonces ministro del Interior, Giuseppe Pisanu, y tras la conversación formal charlamos un momento sobre cosas intrascendentes. Le comenté lo mío con las aduanas de Nápoles y no se extrañó en absoluto. «Deben de esperar una propina», sentenció. Llamó a uno de sus colaboradores, un ex agente de la CIA (hablo en serio), y le encargó que telefonara a Nápoles. Dos días más tarde, los trastos estaban en Roma. Sin propinas, que yo sepa.

Ya he dicho que la puerta del apartamento era estrecha. Me tocó una nevera en una rifa de la Asociación de la Prensa Extranjera (sigo hablando en serio) y hubo que dejarla en el rellano, porque no cabía. Al final la desmontamos fuera y volvimos a montarla en el interior. Pero el sofá, procedente de los grandes espacios de Washington, vía Nápoles, era de una pieza. Hizo falta contratar una grúa e iniciar los consiguientes trámites municipales (que a día de hoy aún deben de seguir su curso, supongo) para subir el sofá hasta la

azotea y desde allí, con cuerdas, introducirlo por una ventana. Ése era el plan.

El plan tenía sus complicaciones, porque entre el lugar donde podía colocarse la grúa y el tejado del edificio había una columna del estadio de Domiciano, con un par de milenios a cuestas y algún beodo meando en el pedestal; también había un señor que cobraba por aparcar en una plazoleta de aparcamiento gratuito, la señora madre del señor que cobraba por aparcar y algún turista despistado. Con la fachada tampoco se podía bromear, porque era la del Palazzetto Istoriatto. Vista de lejos parecía, como todo, una ruina carcomida por la vegetación y la roña, pero no era necesario fijarse demasiado para apreciar, pese al desgaste, los frescos renacentistas que decoraban el exterior del muro con escenas del Viejo Testamento.

La grúa estaba ya contratada cuando llegó Paolo, con un grupo de tipos silenciosos. No me pregunten quién era Paolo, porque nunca llegué a saberlo con exactitud: tal vez fuera el encargado de las obras en el piso, tal vez fuera el capataz de la familia Fendi, tal vez fuera un «conseguidor» genérico, tal vez pasara por allí. A Paolo se le había ocurrido que no hacía falta ninguna grúa. «Vamos a subir hasta el tejado del palacio contiguo», propuso, «y desde ahí estos amigos saltarán con el sofá hasta su casa». Dijo algo así, creo. Paolo hablaba en dialecto cerrado. El proyecto era evidentemente disparatado y respondí que no, que de ninguna manera, que no merecía la pena que alguien se matara por el puñetero sofá.

Aún no había concluido la frase, con mi torpe manejo del idioma, y Paolo estaba ya cargando el sofá con su tropa y alejándose, escaleras abajo. «*Non fa niente, non fa niente, sono moldavi*», iba explicando, coreado por los propios moldavos: «*Niente, niente*». Y así, «*niente, niente*», al cabo de un rato Paolo y sus moldavos voladores aterrizaron sobre la casa con el sofá. No hubo víctimas ni daños materiales, salvo alguna teja rota.

Nuestro apartamento tenía sus inconvenientes. El edificio, sin embargo, era majestuoso. Y no lo digo solamente por el campanario, la capilla y los curiosos milagros de san Felipe Neri. Los mismos sótanos, construidos hace unos dos mil años, habrían sido un monumento histórico en cualquier otro sitio. Sobre ellos se alzó la grada sur del estadio de Domiciano, lo que hoy llamamos Piazza Navona. Los muros del edificio, o de los edificios, porque se trataba de tres o cuatro palacios adosados y parcialmente amontonados, eran más recientes. Durante unos siglos estuvo aquí el Palazzo del Pórtico y en 1471, sólo tres años después de la muerte de Gutenberg, alojó en su parte posterior, donde la fachada conservaba rastros de la decoración pictórica renacentista, un taller tipográfico en el que unos alemanes imprimían biblias. Las tropas de Carlos V, en 1527, se cargaron el pórtico, la imprenta y todo lo demás; cuando terminaron de saquear la ciudad, del antiguo *palazzo*, propiedad de la familia Massimo, papistas y enemigos del emperador, no quedaban más que cascotes requemados.

El palacio contemporáneo fue terminado en 1536 con una extraña fachada ventruda, siguiendo la forma redondeada que indicaban los cimientos del estadio, y adornada con columnas. Esa parte central recibió el nombre obvio de Palazzo Massimo alle Colonne, por la familia propietaria (los príncipes Massimo, vieja aristocracia de la creada por los papas y conocida como «nobleza negra», viven todavía en el primer piso) y por las columnas. Era un *palazzo* porque en Roma cualquier edificio grande y más o menos comunal es un *palazzo*. Aunque un poco venido a menos, también era un palacio en un sentido tradicional.

Junto al palacio de las columnas estaba el otro Palazzo Massimo, el de Pirro. Los romanos llamaban Pirro al dios Marte, cuya escultura decoraba originalmente el patio o *cortile* donde entraban los carruajes. La estatua y otros ornamentos fueron trasladados en 1738 al Museo Capitolino.